

CRISTIANDAD

Año XXIV - N.º 440
BARCELONA
OCTUBRE 1967

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESUS Y MARIA

Depósito legal: B. 15860 - 1958

PAULO VI - DISCURSO DE APERTURA DEL SINODO

EN LA LUZ FULGURANTE DEL "MYSTERIUM FIDEI" Y "MYSTERIUM CARITATIS"

Venerables hermanos:

Gratia vobis et pax a Deo Patre nostro et Domino Jesu Christo

A vosotros nuestro saludo, que con gran veneración y grande alegría os acoge, os expresa nuestro gozo al veros reunidos en torno a Nos y reconoce en vosotros a los hermanos escogidos para representar a toda la jerarquía de la Iglesia Católica como pastores de todo el pueblo de Dios en el Sínodo Episcopal, cuya primer reunión inauguramos ahora. Saludo a vosotros, hermanos queridísimos; saludos a las Iglesias de donde provenís y de las que nos traéis, con vuestra presencia y con vuestra caridad, el signo magnífico de la inefable comunión, que mística y realmente une a la santa Iglesia de Dios. Os damos gracias por la voz, venerable y escogida, que interpretando el común sentimiento, nos proclama ahora vuestra devoción, vuestro afecto, vuestro propósito de obrar siempre de acuerdo por la gloria de Dios y por la salvación del mundo; voz digna de nuestro aplauso, de nuestro reconocimiento; voz igual a la bondad de vuestros corazones y a la conciencia de vuestro mandato, y a la que desde ahora responde como un eco nuestra bendición.

Sabéis lo que estamos haciendo.

Hemos celebrado juntos el sacrificio eucarístico, al que por excelencia se le da el nombre de "mysterium fidei" y de "mysterium caritatis". No puede llamarse de otra manera el prodigio sacramental que actualiza entre nosotros, peregrinos en el tiempo, la presencia real de Cristo en la incruenta representación de su inmolación redentora; ninguna ciencia, que no sea la fe en su palabra, nos da la certeza de una realidad tan excelente, y ninguna explicación nos da una adecuada comprensión de un don tan grande, sino la inmensa caridad de Cristo que lo instituyó y la humilde caridad nuestra, que intenta responder en sus ilimitadas implicaciones de amor unitivo y difusivo.

Es la misa la celebración de nuestra reiterada dicha de podernos encontrar con Cristo, no sólo por vía de recuerdo, de símbolo, de promesa, sino por vía, además y principalmente, de verdadera y viva comunión, aunque escondida y expresada con los signos sacramentales; nuestra fuerza, nuestro aliento, nuestra felicidad, nuestro éxtasis, humilde y bienaventurado que concede a nuestra fatigosa y concreta vicisitud terrena el poder gustar de un inefable preludio de la vida celeste; en nuestro misterioso encuentro cotidiano, en el signo de su cruz, con Cristo glorioso a la derecha del Padre; y es la fuerza operante de Cristo que junta en la unidad de su cuerpo místico a cuantos participamos de El, hecho pan único de la muchedumbre de los fieles.

¿Por qué, hermanos, os decimos estas cosas, a vosotros tan conocidas y a vosotros tan amadas?



SUMARIO

EDITORIAL

Discurso del Papa en la apertura del Sínodo: EN LA LUZ FULGURANTE DEL «MYSTERIUM FIDEI» y «MYSTERIUM CARITATIS».

EL PENSAMIENTO OCULTO DEL P. TEILHARD - Textos: Lo Femenino o lo unitivo - El pecado original. Fe en el mundo.

CRISTO REY
EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

TÓPICOS. - PAZ.
CRISTIANISMO ADULTO.

Carlos A. Callejo

LA LEY DEL CELIBATO
ECLESIAÍSTICO.

Roberto Cayuela, S. I.

1917 EN LA TEOLOGÍA DE LA
HISTORIA - V - INGLATERRA:
UN GRAN IMPERIO SIN BASE
TEOLÓGICA.

Luis Creus Vidal

UN CONVERTIDO
AL CATALICISMO HABLA
SOBRE LA REFORMA LITÚRGICA

REDACCIÓN: Lauria, 15, 3.º - Telf. 22127 75

ADMINISTRACIÓN:
Diputación, 302, 2.º - Telf. 222 24 46

Director: Fernando Serrano Misas

Porque nos parece que pueden y deben estar particularmente presentes en nuestros espíritus en una circunstancia como ésta, que nos invita a todos a una profesión plena y viva de fe y de caridad.

La memoria centenaria de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo.

Nos encontramos, según nos habíamos comprometido, después de dos años del final del Concilio Ecu­ménico, reunidos de nuevo en esta aula bendita, por un doble fin: para honrar con la obligación de nuestra fe la memoria centenaria del martirio de los Santos Pedro y Pablo y para encender nuestra caridad ante la feliz celebración de la primera reunión del Sínodo de los Obispos. Estas intenciones nuestras no son sino una evidente referencia al mismo Concilio, del que este encuentro de un número tan conspicuo y autorizado de obispos con el humilde sucesor de San Pedro, si no reviste la solemnidad y la potestad, sin embargo, hace propios algunos de sus principales propósitos; entre ellos, el primero el mantenimiento y vigorización de la fe católica, su integridad, su fuerza, su progreso, su coherencia doctrinal e historia, su reconocimiento de indispensable principio de la vida cristiana, causa y razón de ser de la Iglesia. Nos no podemos olvidar las palabras sacrosantas con las que nuestro predecesor de venerada memoria Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II y le fijaba su altísimo e imprescindible deber: "... El Concilio Ecu­ménico XXI —que se servirá del eficaz e importante auxilio de aquellos que sobresalen por su ciencia en las disciplinas sagradas, por su experiencia en el apostolado y en la organización— quiere transmitir la doctrina pura e íntegra sin atenuaciones que durante veinte siglos, a pesar de las dificultades y las luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres; patrimonio que, aunque no haya sido recibido gratamente por todos, constiuye una riqueza para todos los hombres de buena voluntad... Ahora es necesario que toda la doctrina cristiana, sin quitarle nada, se reciba por todos en este nuestro tiempo con un nuevo estudio, con mente serena y tranquila, con el modo tradicionalmente preciso de concebir los términos y de formularlos como aparecen con claridad en las actas del Concilio Tridentino y sobre todo del Vaticano I..." (A. A. S., LIV, 1962, pp. 791-792).

Suprema guía: la fidelidad doctrinal

La solicitud por la fidelidad doctrinal, que fue el comienzo del reciente Concilio anunciada de una manera tan solemne, debe por esto mismo guiar este período nuestro posconciliar y con tanta mayor vigilancia por parte de quien en la Iglesia de Dios ha recibido de Cristo el mandato de enseñar, de defender

su mensaje y de custodiar el "depósito" de la fe, cuanto más numerosos y más graves son los peligros que hoy la amenazan; peligros enormes a causa de la orientación irreligiosa de la mentalidad moderna y peligros insidiosos que del interior mismo de la Iglesia se insinúan por obra de maestros y de escritores, deseosos, sí, de dar a la doctrina católica una nueva expresión, pero a menudo más deseosos de acomodar el dogma de la fe al pensamiento y al lenguaje profano que de atenerse a la norma del magisterio eclesiástico, dejando así libre curso a la opinión de que, olvidadas las exigencias de la ortodoxia, se pueden escoger las verdades de la fe que, a juicio de una instintiva preferencia personal, parecen admisibles, rechazando las demás, como si se pudiesen reivindicar los derechos de la conciencia moral, libre y responsable de su actos, frente a los derechos de la verdad, sobre todo los de la divina revelación (cfr. al., I, 6-9), o como si pudiera someterse a revisión el patrimonio doctrinal de la Iglesia para dar al cristianismo nuevas dimensiones ideológicas, muy diversas de las teológicas, que la genuina tradición delineó, con inmensa reverencia al pensamiento de Dios.

La fe, como sabemos, no es fruto de una interpretación arbitraria, o puramente naturalista, de la Palabra de Dios, como tampoco es la expresión religiosa que nace de la opinión colectiva, falta de una guía autorizada, de quien se dice creyente, ni mucho menos es la aquiescencia a las corrientes filosóficas o sociológicas de el momento histórico y transeúnte. La fe es la adhesión de todo nuestro ser espiritual al mensaje maravilloso y misericordioso de la salvación que se nos ha comunicado por las vías luminosas y secretas de la revelación; no es sólo búsqueda, sino ante todo certeza; y más que fruto de nuestra investigación es don misterioso que nos quiere dóciles y disponibles para el diálogo con Dios, que habla a nuestras almas, atentas y confiadas.

El arcano carisma y la exigente obligación de la fe

Por eso la tutela de la fe nos ha parecido tan imperiosa, después de la conclusión del Concilio, que hemos invitado a la Iglesia entera a celebrar un "año de la fe" en honor de los dos Apóstoles, principales maestros y testigos del Evangelio de Cristo, para meditar precisamente sobre la fe que nos han transmitido, y para valorizar, frente a las contingencias de la vida moderna, la función decisiva que tiene esta fundamental virtud para la estabilidad de nuestra vida religiosa, para la vitalidad de la Iglesia, para la edificación del Reino de Dios en las almas, para el diálogo ecuménico y para el contacto auténtico y regenerador que los seguidores de Cristo intentan tener con el mundo contemporáneo. Queremos así reafirmar nuestra propia fe de maestros, de testigos, de pastores en la Iglesia de Dios, para que bajo la mirada del que es su única y suprema cabeza, Cristo

viviente e invisible, sea encontrada humilde, sincera y valiente; queremos también confortar la de todos nuestros hijos, especialmente de los que se dan al estudio de la teología y de la religión, a fin de que quieran, con un renovado y vigilante reconocimiento de la doctrina inmutable y cierta de la Iglesia, colaborar sabiamente a la promoción de las ciencias sagradas y al mantenimiento, en la luz y en la fecundidad, del depósito inviolable de la doctrina católica.

Por eso, venerables hermanos, os hemos invitado a celebrar con Nos el "**mysterium fidei**" sobre la tumba del Apóstol Pedro, y junto a su indigno pero auténtico sucesor, y a experimentar una vez más el arcano y embriagador carisma de la fe y de su exigente y fortificante obligación.

Después del "**mysterium caritatis**", que irradia del sacrificio eucarístico, debemos tomar el espíritu y como adivinar la íntima esencia de la segunda finalidad (importantísima por su novedad y por sus repercusiones sobre la vida de la Iglesia), que aquí nos ha reunido; nos referimos a la apertura del **Synodus Episcoporum**.

Nos no hablaremos ahora de esta nueva institución; ya hemos declarado su naturaleza y fin en nuestro "motu proprio" del 15 de septiembre de 1965, "**Apostólica sollicitudo**" (A. A. S. LVII, 1965, pp. 775-780); y mañana tendremos ocasión de añadir alguna indicación acerca del aspecto canónico de la institución misma; ahora nos basta indicar cuál es su fuente espiritual de donde procede, y cuál el valor moral que quiere revestir. A este propósito decíamos que este órgano visible de la Iglesia se debía referir al Concilio hace poco celebrado, como a su principio próximo: durante el Concilio lo instituímos y es como engendrado por el Concilio.

En el Concilio, en efecto, se ha visto la necesidad de una mayor comunicación no sólo en el ser, sino también en la acción del episcopado católico, cuya colegialidad puso el Concilio en justa evidencia en el diseño constitucional de la Iglesia; como igualmente se nos había manifestado ya clara y urgente la necesidad de valernos de una forma más amplia y sistemática de la colaboración y del consejo de nuestros hermanos en el episcopado para el gobierno pastoral de la Iglesia misma, forma que hoy se hace prácticamente mucho más fácil por el desarrollo prodigioso de los medios de comunicación.

Quiere ser también un **misterio de caridad** eclesial este **Synodus Episcoporum**, y que este ministerio de caridad interno a la Iglesia tenga su más verdadero y profundo principio en el **mysterium caritatis**, con que nos complace llamar al sacrificio eucarístico, nos parece demostrado por el hecho que nuestro Señor Jesucristo pronunció justamente durante la última cena pascual las célebres palabras, síntesis de su Evangelio: **Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexistis, ut et vos diligatis invicem. In hoc cognoscet omnes**

quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem (J. 13, 34-35). A las cuales palabras divinas podemos hacer seguir, como comentario, las conocidísimas y magníficas del Apóstol Pablo: "... **unum corpus sumus, omnes qui de uno pane participamus** (I Cor., 10, 17).

Dilatar los horizontes y estrechar los vínculos de la caridad

Esto nos recuerda que la Iglesia es una comunión, una sociedad fundada sobre la fe y la caridad, Hemos hablado de la fe. ¿Qué diremos de la caridad, en orden al tema que ahora nos interesa? Diremos que es oportuno acordarnos siempre de la caridad —el amor, que es de Dios, y que se difunde en los corazones de los creyentes y les habilita a amar como Cristo les ha amado—, es principio constitutivo y vital de la santa Iglesia, que no la une internamente la sangre, ni el territorio, ni la cultura, ni la política, ni el interés, sino el amor.

Añadiremos una pregunta: ¿puede este amor aumentar en la Iglesia de Dios? Responderemos inmediatamente, con tantos recuerdos de tal amor en las diversas vicisitudes de la historia y las instituciones eclesíásticas: sí, puede aumentar; debe aumentar. La Iglesia tiene necesidad de amarse internamente, de amarse más; decimos: los que la componen, y tanto más los que la representan y la guían, deben sentirse hoy mayormente unidos entre sí con aquel imponderable, pero formidable vínculo que es el amor, enseñado, mandado y prodigado por Cristo. Si se ha dicho hermosamente "**dilantentur spatia caritatis**" (Aug. Sermo 69, P. L. V. 440), nosotros podemos todavía añadir: estréchense los vínculos de la caridad.

A las dificultades de todo género que encuentra la Iglesia en nuestro siglo y al impulso creciente que sienten de deberse prodigar por la dilatación del Reino de Dios y por el bien de la humanidad, la Iglesia se debe dar a sí misma este remedio y esta fuerza: crecer en el amor, que la califica de cristiana y que hace de sus miembros "un solo corazón y una sola alma" (Act. 4, 32). ¿Y qué maravilla, si es así, que los que como obispos están puestos por el Espíritu Santo para regir la Iglesia de Dios (cfr. Act. 20, 28), tengan la solitud de dejarse animar mucho más por la caridad de Cristo y por dar a la profesión de la caridad un nuevo modo de expresarse y de revestirse de una nueva forma institucional?

Esto quiere ser el **Synodus Episcoporum**. Y así Dios nos ayude a hacerlo en la práctica realidad como quiere ser en la intención, como decíamos, ministerio de caridad que deriva del misterio de la caridad.

EL PENSAMIENTO OCULTO DEL PADRE TEILHARD

Por considerarlo de interés para nuestros lectores hemos traducido un folleto que Editions Saint-Michel, 53 Saint Céneré (Mayenne) CCP Rennes 2074-79, ha publicado con textos del P. Teilhard de Chardin que desde hacía tiempo se difundían, en ejemplares no impresos, en los mismos círculos teilhardianos, pero a los que se había conseguido mantener en cierto secreto y libres así de la discusión y de la polémica.

Las páginas que siguen pertenecen a la obra de Teilhard de Chardin. Estaban preparadas para ser publicadas. En el último momento, los editores las retiraron, ahora circulan bajo mano.

Estas hojas tienen un interés considerable, pues manifiestan sobre una cuestión capital — la del amor — el verdadero pensamiento del autor y muestran las fuentes profundas que lo alimentaban.

Un primer texto fechado en Pekín, en febrero de 1934, que analizamos rápidamente, se titula: “LA EVOLUCIÓN DE LA CASTIDAD”. El P. Teilhard tenía entonces cincuenta y un años. Dieciséis años más tarde, el Padre acabó, en París: “EL CORAZÓN DE LA MATERIA”, el 30 de octubre de 1950, y redactó el segundo texto que publicamos más adelante: “LO FEMENINO O LO UNITIVO”.

Estos textos que los editores han suprimido son como la clave, o si se prefiere el pensamiento oculto del sistema teilhardiano.

La extrema importancia de estos textos aparece simplemente por su lectura. En el primero el Padre Teilhard se sitúa por encima de las nociones del bien y del mal, juzgando como posible plantear una nueva vía que apunta a espiritualizar la materia en su forma elevada: la carne.

No insistiremos sobre este primer estudio que data de 1934 y tiene 16 páginas de texto apretado (1). El mismo Padre Teilhard no lo consideró más que como un esbozo. Cuatro meses más tarde, el 24 de junio de 1934, escribía a su amiga Leontine Zanta:

“... un esbozo, no acabado, sobre LA EVOLUCIÓN DE LA CASTIDAD... todavía en mis cajones, por lo que (este trabajo) tiene el riesgo de ser mal comprendido. Sin embargo, es un esfuerzo absolutamente leal y desinteresado un ensayo para ir al fondo de una cuestión que me parece terriblemente vital y terriblemente oscura. He reunido ahí todo lo que he podido encontrar en el fondo de mis evidencias ante problemas y desafíos que no

tenían nada de abstracto para constituir la ‘defensa’ y sobre todo para definir el valor o la esencia ‘de la castidad’. Será preciso que discutamos esto juntos. En el fondo es simplemente y en toda su agudeza el ‘Problema de la Materia — y de la Potencia espiritual de la Materia’” (Cf. “Cartas a Leontine Zanta”, de P. Teilhard de Chardin, París. Desclée de Brouwer, 1965, págs. 124-125).

El pensamiento del P. Teilhard de Chardin se mueve a la inversa del de Pascal que, después de haber encontrado a Jesucristo, remarcaba:

“De todos los cuerpos reunidos, no se podría hacer brotar un pensamiento: esto es imposible, es de otro orden. De todos los cuerpos y espíritus, no se podría obtener un impulso de verdadera caridad, esto es imposible, de otro orden, sobrenatural.”

Para el Padre Teilhard, su “iluminismo” le conduce a la “divinización de las potencias de la tierra”: a los 37 años, en el momento de entrar como profeso en la Compañía de Jesús, escribió:

“Mis votos, mi sacerdocio, los he revestido (ésta es mi fuerza y mi felicidad) de un espíritu de aceptación y divinización de las Potencias de la Tierra.”

Para nosotros, católicos, todo bien procede de Jesucristo, nuestro Redentor. El Padre Teilhard, ve la divinización del mundo salir progresivamente de las profundidades abisales:

“... por elevadas y frondosas que sean nuestras ramas espirituales se sumergen en lo corporal. Éstas son las reservas pasionales del hombre que elevan, transfiguradas, al calor y a la luz de su alma. Allí, como en un germen,

se concentra inicialmente en cada uno la punta más fina, el resorte más delicado, de todo desarrollo espiritual” (Ev. de la C.) (2)

E indica claramente su trayectoria:

“Al término de la potencia espiritual de la materia, la potencia espiritual de la carne y de lo femenino” (Ev. de la C.)

Para él, en materia de castidad, no hay reglas inmutables, las seguidas hasta aquí por la Iglesia son el resultado de un empirismo que quiere hacer evolucionar. Su esbozo se desarrolla en torno a los cuatro temas siguientes:

1. El empirismo cristiano de la castidad.
2. Una nueva concepción moral de la materia.
3. El espíritu de castidad.
4. El valor de la virginidad.

Su nueva moral parte de la divinización de la materia, él considera que la eclosión del hombre exige la mujer: sugiere otras nociones de la castidad y de la virginidad distintas del “empirismo cristiano”. Para resolver esta cuestión delicada, nos propone dos soluciones, o sea:

“... el Hombre irá en principio a la Mujer. La tomará por entero. Y es la llama brotada de esta primera unión la que se eleva hacia Dios. Contacto de dos elementos, en el amor humano. Luego la ascensión de los dos, hacia el más gran centro divino.” (Ev. de la C.)

Teme, sin embargo, que se produzca una “especie de corto-circuito”, un estallido que “absorba y neutralice una parte del alma”.

Considera entonces una segunda solución: la castidad será un don retardado:

“... el Hombre y la Mujer designados por la Vida para promover hasta el más alto grado posible la espiritualización de la Tierra deben abandonar, para entregarse, la manera que ha sido hasta ahora la única regla de los seres. ¿No guardando de su atracción mutua sino lo que les eleva acercándolos, por qué no se precipitarán uno hacia el otro HACIA DELANTE? No contacto inmediato, sino convergencia en lo alto. EL INSTANTE DEL DON TOTAL COINCIDIRÁ ENTONCES CON EL ENCUENTRO DIVINO”, (subrayado en el texto) (3) (Ev. de la C.)

El P. Teilhard se da cuenta de la dificultad de la tentativa, pero añade con optimismo:

“... lo que paraliza la vida, es no creer, es no atreverse” (Ev. de la C.)

Su conclusión es la siguiente:

“Algún día, más allá del éter, los vientos, las mareas, la gravitación, captaremos, para Dios, las energías del amor. Entonces por segunda vez en la historia del Mundo, el Hombre habrá encontrado el Fuego” (Ev. de la C.)

Verdaderamente es muy lamentable que los editores no hayan publicado estos textos tan importantes para comprender bien el pensamiento del P. Teilhard de Chardin sobre este problema fundamental del amor y el sexo.

Es sobre todo en el segundo texto, “LO FEMENINO O LO UNITIVO” donde el Padre nos da su pensamiento definitivo sobre esta cuestión. Él tiene 69 años, es la edad de las confidencias y, para él, de una verdadera confesión:

“Encaminado, desde la infancia, hacia el descubrimiento del Corazón de la Materia, era inevitable que un día me encontrara cara a cara con lo Femenino.”

“Lo curioso es únicamente que el hecho del encuentro haya esperado para producirse, hasta mis treinta años. Tan grande era para mí la fascinación de lo Impersonal, y de la Generalidad...”

Estos treinta años (1911) fueron para el P. Teilhard el año de su sacerdocio: además de sus votos, fue también el de su iniciación a lo “femenino”, es decir, a la mujer como él mismo lo precisa:

“Pues, a la historia de mi visión interior, tal como la refieren estas páginas, faltaría un elemento (una atmósfera...) esencial si no mencionara, al acabar, que, a partir del momento crítico en que, desechando viejos moldes familiares y religiosos, empecé a despertar y a formulármelo verdaderamente a mí mismo, nada se ha desarrollado en mí más que bajo la mirada y la influencia de mujer.”

Y más adelante precisa:

“Evidentemente no se esperará de mí otra cosa, aquí, que el homenaje general, casi de adoración, surgiendo desde lo más profundo de mi ser, hacia aquéllas cuyo calor y encan-

to han pasado, gota a gota, a la sangre de mis ideas más queridas...

La serie de estos textos ilumina sin duda posible, sobre el pensamiento del Padre Teilhard. Ningún hombre puede prescindir de lo femenino...

Ocultando estas confesiones del Padre Teilhard, los editores han cometido un verdadero delito. A causa de esta omisión, una élite intelectual, compuesta de teólogos, de filósofos, de sociólogos, ha trabajado sobre un falso Teilhard de Chardin. Las motivaciones femininas y sexuales de la obra teilhardiana han sido escondidas; ellos han tomado al P. Teilhard por un sabio, un sociólogo católico, mientras que Maryse Choisy, nos lo dice ella misma a propósito del texto citado, estamos en plena "alquimia". Ella conoció muy bien al Padre Teilhard, ella fue su amiga. En 1964, escribió en "TEILHARD Y LA INDIA":

“¿Cómo explicar que en pleno siglo de nivelación sexual, que en el centro del patriar-

cado eclesiástico, él haya descubierto el sentido del Eterno Femenino de Goethe, de Bohème, de los alquimistas y que llegase hasta nombrarlo lo Unitivo?”

Maryse Choisy no se engaña, estamos en plena alquimia, la alquimia en la que Astarté intentan mezclarse a la doctrina de Jesucristo.

Otra persona juega un papel de primer plano en la difusión del pensamiento teilhardiano: la señorita Jeanne Mortier, constituida legataria universal del "Maestro". No examinaremos aquí por qué clase de manos esta señorita pudo convertirse en la heredera de un religioso que, por vocación, debía entregarlo todo a su Orden Religiosa, pero repetiremos de nuevo: ¿Por qué razón se ha engañado al público escondiendo estos textos?

¿Si hubieran sido conocidos la puesta en guardia de la Santa Sede y del Papa mismo hubieran sido mejor comprendidas; la corriente envenenada no hubiera continuado circulando bajo la etiqueta católica! (4).

Anexo I. - "LO FEMENINO, O LO UNITIVO"

He aquí, íntegramente reproducido, el texto de la "cláusula" redactada por el Padre Teilhard de Chardin, para ser insertada en "El Corazón de la Materia".

Lo más vivo de lo Tangible, es la Carne. Y, para el Hombre, la Carne, es la Mujer.

Encaminado, desde la infancia, al descubrimiento del Corazón de la Materia, era inevitable que un día, me encontrara cara a cara con lo Femenino. — Lo curioso es únicamente que este acontecimiento del encuentro haya esperado, para producirse, a mis treinta años. Tan grande fue para mí la fascinación de lo Impersonal y de la Generalización...

Retardo extraño, pues.

Pero retardo fecundo, puesto que, penetrando en mi alma en el momento preciso en que, en vísperas de la guerra, Sentido Cósmico y Sentido Humano estaban en mí en trance de salir de la infancia, la nueva energía no corría ya el riesgo de desviar o disipar mis fuerzas, sino que caía, en el punto justo, sobre un mundo de aspiraciones espirituales cuya enormidad, aún un poco fría, no esperaba más que esto para fermentar y organizarse hasta el fin.

Pues, a la historia de mi visión interior, tal como la describen estas páginas, faltaría un

elemento (una atmósfera...) esencial si no mencionara, al terminarlas que, a partir del momento crítico en que, rechazando muchos de los viejos moldes familiares y religiosos, empecé a despertar y formulármelo verdaderamente a mí mismo, nada se ha desarrollado en mí que no sea bajo una mirada y bajo una influencia de mujer.

Evidentemente, no se esperará de mí otra cosa, aquí, que el homenaje general, casi de adoración, surgiendo de lo más hondo de mi ser, hacia aquéllas cuyo calor y cuyo encanto han pasado, gota a gota a la sangre de mis ideas más queridas...

Pero si no sabría, en semejante materia, ni precisar ni describir — en cambio, lo que yo puedo afirmar, es una doble convicción progresivamente nacida en mí, al contacto de los hechos, y de la cual — con la plena serenidad e imparcialidad que vienen con la edad — quiero testimoniar.

En primer lugar, me parece indiscutible (tanto de derecho como de hecho) que en el hombre — tanto si está entregado al servicio de una Causa o de un Dios — no le es posible el acceso a la madurez y a la plenitud espirituales fuera de alguna influencia "sentimental" que viene, a él, para sensibilizar la inteli-

gencia, y ejercitar, por lo menos inicialmente, las potencias de amor. Menos que de la luz, del oxígeno y de las vitaminas — ningún hombre — puede (con una evidencia que cada vez habla más alto) prescindir de lo Femenino.

En segundo lugar, si es primordial y estructural en el psiquismo humano, el encuentro plenitivo de los sexos, nada prueba (jantes al contrario!) que poseamos ya una idea exacta del funcionamiento y formas óptimas de esta fundamental complementariedad. — Entre un matrimonio siempre polarizado socialmente, sobre la reproducción, y una perfección religiosa siempre presentada, teológicamente, en términos de separación, una tercera vía (no digo media, sino superior) nos falta decididamente: vía exigida por la transformación revolucionaria últimamente operada en nuestro pensamiento por la transposición de la noción de “espíritu”. Espíritu, ya lo hemos visto, no desmaterialización, sino síntesis. Materia matriz. No en absoluto por huida (por privación) sino por conquista (por sublimación) de las insondables potencias espirituales aún dormidas bajo la atracción mutua de los sexos: tal es, y estoy de ello más y más persuadido, la secreta esencia y la magnífica tarea a cumplir por la Castidad.

He ahí la perspectiva en que una y otra encuentran su constatación y su justificación.

He insistido, sobre todo, anteriormente, en mi interpretación de la Neogenese, sobre el fenómeno de sur-centración individual llevando la conciencia corpuscular a replegarse y a rebotar sobre sí en forma de Pensamiento. Pues, he aquí que, a este gran acontecimiento cósmico de la Reflexión, se descubre un complemento esencial, a quien sabe ver, bajo forma de lo que se podría llamar, “el Paso de la amorización”. Aun después del relámpago con que el individuo se revela a sí mismo, el Hombre elemental permanecería inacabado, si no se inflamaba por el encuentro con el otro sexo por la atracción céntrica de persona a persona.

Acabando la aparición de una mónada flexiva en la formación de una dyada afectiva. (Subrayado por el autor en el texto.)

Y, después de esto, solamente (es decir, a partir de esta chispa primera), todas las consecuencias que hemos descrito: a saber, la gradual y grandiosa elaboración de un Neo-cósmico, de un Ultra-humano, y de un Pan-cristico...

Los tres no solamente iluminados radicalmente de inteligencia sino también impregnados en su masa entera,

Como por un cemento unitivo,
Del Universal Femenino.

(París, 30 de octubre de 1950)

Anexo II. - EL PECADO ORIGINAL Y EL P. TEILHARD DE CHARDIN

En su libro extremadamente notable y muy documentado “DIALOGO CON EL MARXISMO” (5), el Padre Felipe de la Trinidad (o. c. d.) aborda en un apéndice el problema “TEILHARD DE CHARDIN” que él había examinado en su libro “Roma y Teilhard de Chardin” (6).

Se lamenta de la manera con que varios autores y notablemente el P. Rideau, han presentado el “Monitum” del Santo Oficio y escribe:

“Al punto en que las cosas han llegado, se debería jugar a cartas vistas, con la publicación integral de los inéditos, puestos a disposición de todos los autores, así como de los críticos y los lectores. Esto confirmaría el diagnóstico que he hecho en Roma sobre Teilhard de Chardin y del cual estoy convencido.”

La Revista “Europa” fundada por Romain Rolland tiene como depositaria en Roma la revista comunista

“Rinascita”, y en su comité se encuentra Pierre Abraham (director Aragón, Emmanuel d’Astier, Magdaleine Barteley-Madaule, Jacques Madaule y Pierre Paraf). Esta revista ha dedicado su número de marzo-abril 1965 a Teilhard de Chardin y Mademoiselle Mortier, legataria universal de Teilhard le ha confiado varios inéditos; el Padre Felipe de la Trinidad los toma de nuevo en su libro y helos aquí. Son muy instructivos.

El primero está extraído de “CRISTOLOGÍA Y EVOLUCIÓN”. Es M. Roger Garaudy quien lo comenta en la revista “Europa” bajo el título:

EL P. TEILHARD, EL CONCILIO Y LOS MARXISTAS

”El P: Teilhard escribe:

”Cuando uno busca vivir y pensar, con toda su alma moderna, el cristianismo, las pri-

meras resistencias que uno encuentra le vienen siempre del pecado original. Esto, sucede realmente en seguida; al investigador, para el que la representación tradicional de la caída, bloquea decididamente el camino a todo progreso en el sentido de una amplia perspectiva del mundo. En efecto, es para salvar la letra de la narración de la Falta que uno se encarna defendiendo la realidad concreta de la primera pareja. Pero hay algo más grave todavía. No solamente para el sabio cristiano, a fin de aceptar Adán y Eva, la historia debe estrangularse de manera irreal al nivel de la aparición del hombre, sino, que en un campo más inmediatamente viviente, el de las creencias, el Pecado original, bajo la figura actual, contraría a cada momento el expansionamiento de nuestra religión. Corta las alas de nuestras esperanzas, nos remite cada vez inexorablemente a las sombras dominantes de la reparación y la expiación.

"... el pecado original, imaginado bajo los rasgos con que se le presenta aún hoy día, es el vestido estrecho en que se sofocan a la vez nuestros pensamientos y nuestros corazones... Si el dogma del pecado original nos liga y nos debilita, es simplemente porque, en su expresión actual, representa una supervivencia de las vías estáticas decaídas en el seno de nuestro pensamiento hecho evolucionista. La idea de caída, no es en efecto, en el fondo, más que un ensayo de explicación del mal en un universo estático... De hecho, a despecho de las distinciones sutiles de la teología, el cristianismo se ha desarrollado bajo la impresión dominante de que todo el mal, a nuestro alrededor, nació de una falta inicial. Dogmáticamente, vivimos en la atmósfera de un Universo en el que el principal negocio es reparar y expiar... Por toda clase de razones científicas, morales y religiosas, la figuración clásica de la Caída no es ya para nosotros más que un yugo y una afirmación verbal, de la que no alimentamos ni nuestros espíritus ni nuestros corazones."

Después de haberlo subrayado, nota M. Garaudy, las consecuencias conservadoras de esta concepción del pecado original y de las actitudes de expiación y de reparación que de ellas dimanaban, el P. Teilhard añade, en el mismo texto:

"Se nos ha hablado mucho de corderos. Yo preferiría ver salir un poco los leones. Demasiada dulzura y poca fuerza. Así resumiría yo simbólicamente mis impresiones y mi tesis al abordar la cuestión de reajuste de la doctrina evangélica al mundo moderno."

"He citado extensamente este texto del P. Teilhard de Chardin — continúa diciéndonos M. Garaudy —, porque él planteó ya, con toda su fuerza, la puesta al día de la Iglesia" (*op. cit.*, pp. 191-192).

Este texto de Teilhard es de gran interés, y se comprende que lo haya tomado el comunismo para reclamar de la Iglesia un *aggiornamento* sobre el tema fundamental del pecado original y del evolucionismo.

La visión marxista del mundo no puede aliarse a la noción de Redención, exige el rechazo de la cruz de Jesucristo.

El Papa Paulo VI dirigiéndose al "Symposium sobre el pecado original" organizado por la Universidad Gregoriana, ha recordado que el pecado original es

"Uno de los misterios fundamentales de nuestra fe católica" y que está "estrechamente ligado al misterio del Verbo Encarnado, salvador del género humano, a su pasión, a su muerte y a su gloriosa resurrección y por lo tanto al mensaje de salvación confiado a la Iglesia católica".

Y añade el Papa que este dogma ha sido reafirmado por el Concilio Vaticano II:

"Así en la Constitución dogmática *Lumen Gentium*, en plena conformidad con la revelación divina y el magisterio de los precedentes Concilios de Cartago, de Orange y de Trento, son claramente enseñados los hechos de la universalidad del pecado original, así como la naturaleza íntima del estado de debilitación de la humanidad por el pecado de Adán: "El Padre Eterno por disposición absolutamente libre y misteriosa de su sabiduría y de su bondad ha creado el universo: ha querido elevar a los hombres a la comunión de su vida divina: hechos pecadores (los hombres) en Adán, no los ha abandonado, dándoles sin cesar los socorros salvadores, en consideración de Cristo Redentor que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación" (*Lumen Gentium*, I, 2).

Y para terminar concluye el Papa:

Es pues evidente que encontraréis inconciliables con la sana doctrina católica las explicaciones que dan del pecado original ciertos autores modernos, que, partiendo de un presupuesto, nunca probado, el poligenismo, niegan, más o menos claramente, que el pecado que tantos males ha traído a la humanidad, haya sido en principio la desobediencia de "Adán", "primer hombre", figura del hombre que había de venir (Cfr. *Gaudium Spes* n. 13 y

22), cometida al principio de la historia. Por consiguiente estas explicaciones están en desacuerdo con las enseñanzas de la Sagrada Escritura, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, según las cuales el pecado del primer hombre es transmitido a todos sus descendientes no por vía de imitación, sino de propagación, "*inest unicuique proprium*", es la muerte del alma, es decir, una privación no una simple ausencia de santidad y de justicia, incluso en los recién nacidos.

Del mismo modo la teoría de la evolución os parecerá inaceptable, si no concuerda de manera decisiva con la creación inmediata por Dios de todas las almas humanas y de cada una de ellas, y no respeta la importancia capi-

tal de la desobediencia de Adán, primer padre universal, para la suerte de la humanidad.

Esta desobediencia no se puede considerar como si no hubiera hecho perder a Adán la santidad y la justicia en las que fue creado" (7)

Ante esta connivencia — comunismo-Teilhard — confirmada por una reciente información de Moscú notificando el lugar señalado a Teilhard en las universidades soviéticas, y ante todo, frente a las advertencias del Papa que acabamos de leer y que confirma, si ello fuera necesario, el Monitum del Santo-Oficio, se comprende la legítima inquietud de numerosos padres católicos y de catequistas ante las fichas catequísticas que exponen las doctrinas teilhardianas y las *incluyen en los programas de enseñanza religiosa*.

FE EN EL MUNDO

He aquí también, tomado de la misma obra del Padre Felipe de la Trinidad, un texto inédito reproducido por la revista "Europa":

"III. — Después del despertar del sentido humano: la fe en el mundo.

"(...) ¿Qué representa exactamente en la historia del pensamiento terrestre, la aparición del Sentido Humano?"

"A esta pregunta hemos de responder: 'Nada menos que un poderoso fenómeno de orden religioso'.

"Por modo natural el Sentido Humano aproxima y anima a los hombres en la espera del Porvenir, es decir, en la certeza de una Realidad en la que la existencia, aunque estrictamente indemostrable, es, sin embargo, admitida con una seguridad más grande que si fuera tocada y demostrada: Esto es una fe.

"Por modo natural también, a la preparación y al servicio de esta gran Cosa presentida, el mismo Sentido Humano subordina la totalidad de las actividades que dirige a este último móvil. La obra en curso en el Universo, el misterioso término en el que colaboramos es 'el Más Grande' ante el cual es preciso que, para lograrlo, todo ceda y todo se sacrifique. El Sentido Humano es una llamada a la renuncia.

"Fe y Renuncia: ¿no son los dos atributos esenciales de toda adoración?"

"En verdad que los hombres sufren en este momento, bajo la invasión del Sentido Humano, es literalmente una conversión profunda y

consecutiva de la revelación natural y su situación en su vocación en el Universo.

"Pero, no nos engañemos, y no lo confundamos con lo que pasa en la eclosión y la propagación de una religión particular cualquiera. El acontecimiento actual es mucho más considerable que el acontecimiento del Budismo y del Islamismo (en nota: El Cristianismo, también representa un acontecimiento único; pero a título de contacto venido de lo alto ('Revelación'), también a título de despertar en el corazón del Hombre). En nuestros días no se trata solamente de la aplicación especial hecha a tal o tal divinidad, de las facultades religiosas humanas. Es la misma potencia religiosa de la Tierra que irrumpe en nosotros, al mismo tiempo que es, una crisis definitiva, la de su propio hallazgo. Y parece que nos encontramos de nuevo, con las viejísimas representaciones humanas, los vestigios de la idea de que 'buscar saber' es malo y prohibido por Dios.

Más tarde podrá parecer que el Evangelio ha enseñado que toda lucha por engrandecerse humanamente es cosa inútil. Y he aquí que el momento ha llegado en que la Búsqueda nos aparece como el más sagrado de los deberes. La necesidad humana de adorar, después de haber explorado muchas riberas ha acabado por encontrar la playa que buscaban sus olas agitadas. Ha explicitado por fin uno de los atributos esenciales del Mesías que esperaba. Nosotros empezamos a comprenderle, y esto ya para siempre: la sola religión que en ade-

lante es posible para el Hombre es aquella que le enseña, lo primero, a reconocer, amar y servir apasionadamente al Universo del que forma parte. (N. B.: lo primero está subrayado por Teilhard).

"Admirable y misterioso acuerdo de la Vida consigo misma. Es el momento preciso en que el Hombre peligrosamente armado de una desconfianza muy sutil, empieza a pedir a la Existencia la razón de las penas que ella le impone, y es en este momento preciso que el Mundo, descubierto por los progresos mismos de nuestra crítica, entreabre a nuestros ojos las perspectivas de un porvenir que nos subyuga. El despertar del Sentido Humano, conducido por la coincidencia aparentemente fortuita de pasos dados independientemente unos de otros (en Ciencias Naturales, Ciencias Físicas, Ciencias Sociales...) se produce en tiempo oportuno para remediar la crisis terrible de rebelión

y de disgusto que no hubiera dejado de disolver la tierra pensante, si no hubiera tomado simultáneamente conciencia y exigencias de su acción y del valor del Universo.

"La Fe en el Mundo acaba de nacer. Es ella, y ella sola la que puede salvar al Mundo de manos de una Humanidad decidida a destruir el Universo si no le puede adorar."

Teilhard de Chardin, 1929.

El P. Felipe de la Trinidad añade:

"Nosotros no suscribimos esto. Dios no es el Universo. Él le trasciende infinitamente. La religión no consiste primero en reconocer, amar y servir apasionadamente al Universo, sino... Dios, más Jesucristo crucificado y resucitado. No, no adoraremos jamás al Universo."

CARTA A MAXIME GORCE

En fin, para terminar, esta carta dirigida por el Padre Teilhard a Máximo Gorce, el 4 de octubre de 1950, y que éste ha publicado en su obra "El Concilio y Teilhard, lo Eternal y lo Humano", ed. Henri Mesliier, Neuchatel (Suiza), pp. 196-198:

"Ayer os mandé tres pequeños ensayos, para explicaros mi posición actual ('El Corazón del Problema' es una memoria efectivamente enviada a Roma, sin resultado, naturalmente...), nada pues de ilusiones.

"Esencialmente, considero como vos que la Iglesia (como toda realidad viva al cabo de cierto tiempo) ha llegado a un período de 'muda' o 'reforma necesaria'. Al cabo de dos mil años, esto es inevitable. La humanidad está en trance de mudar. ¿Cómo el Cristianismo no debería hacerlo? Mas, precisamente considero que la Reforma en cuestión (mucho más profunda que la del siglo XVI) no es un simple asunto de instituciones y de costumbres, sino de Fe. En cierto aspecto, nuestra imagen de Dios se ha desdoblado: transversalmente (si lo puedo decir) al Dios tradicional y trascendente de LO ALTO, una especie de Dios HACIA DELANTE surge para nosotros, desde hace un siglo, en dirección de algo 'ultra-humano'. Para mí todo está en esto. Se trata, para el Hombre de re-pensar a Dios en términos, no ya de Cosmos, sino de Cosmogénesis: un

Dios que sólo se adora y se alcanza a través del acabamiento del Universo al cual ilumina y amoriza (y lo irreversible) desde dentro. Sí, sí, el HACIA LO ALTO Y HACIA DELANTE se sintetizan en DESDE DENTRO.

"Pues, este gesto fundamental de dar a luz una nueva Fe en la Tierra (fe en Lo que está en Alto combinado con la Fe en lo que está Adelante), sola (sic), creo (e imagino que Vd. es de mi parecer), sólo el cristianismo puede hacerlo, a partir de la asombrosa realidad de su 'Cristo-Resucitado': no como entidad abstracta, sino objeto de una amplia corriente mística, extraordinariamente adaptable y vivaz. Estoy convencido: es una Cristología nueva extendida a dimensiones orgánicas de nuestro nuevo Universo que se apresta a dar la Religión de mañana."

"Así planteado (y es en lo que diferimos: ¿pero la Vida procede también por buenas voluntades que tantean?), así planteado, no veo mejor medio de promover lo que anticipo que trabajar en la reforma (como he definido antes) desde dentro: es decir, una adhesión sincera 'phylum' cuyo desarrollo espera. Muy sinceramente (¡y sin querer criticar vuestro gesto!) no veo más que en el tronco romano, tomado en toda su integridad, el soporte biológico bastante amplio y bastante diferenciado para operar y soportar la transformación espe-

rada. Y esto no es una especulación. Desde hace 50 años he visto muy de cerca y en torno a mí revitalizar el pensamiento y la vida cristiana — a pesar de toda Encíclica — y no dejar de tener una inmensa confianza en las potencias de re-animación del viejo tronco romano. Trabajemos cada uno por nuestro lado. Todo lo que se levanta converge: Muy cordialmente vuestro Teilhard de Ch."

Este texto brillantemente comentado por Henri Rimbaud (8), y los textos precedentes ¿no son suficientes para probar que el Padre Teilhard no recibía la doctrina como un depósito revelado a ilustrar para nuestra salvación común, sino como un depósito utilizable a su placer para la conveniencia de sus tesis sobre la Evolución? El apuntaba a una mutación del pensamiento religioso.

NOTAS

(1) Claude Cuenot en *Pierre Teilhard de Chardin: las grandes etapas de su evolución* (Plon, 1958), señalado este estudio en la Bibliografía, página XIII, bajo el n.º 156, 1934, *La evolución de la castidad*, D.s.i., 16 pp. Pekín, febr. (R).

(2) Los textos citados con la indicación "Ev. de la C." son extractos del esbozo inédito en este día: *La evolución de la castidad*.

(3) Las dos soluciones que propone el Padre Teilhard pueden ser consideradas como tentativa audaz de hacer pasar entre os católicos (y en la moral) tesis gnósticas: la divinización del hombre se hace gracias a la mujer y el sexo se convierte en el centro del sistema.

Un excelente estudio, *Hoy en Quebec* (diciembre de 1966), pone de relieve que se encuentra en las obras teilhardianas todo "el fondo común de la Kábala, del esoterismo, de la "metafísica" de Guénou, de la gnosis, de la francmasonería, de la theosofía y del panteísmo", p. 8.

Los textos inéditos que citamos dicen bien en este sentido.

(4) En las *Fichas de Amiens* Teilhard es enseñado en el catecismo.

(5) Editions du Cèdre, 13, rue Mazarine, París-VI, 1 vol., 176 páginas.

(6) Col. *Le Signe*, Ed. Fayard, 1 vol., 216 páginas.

(7) Para el texto íntegro de esta alocución consultar *Discursos del Papa y Crónica Romana*, n.º 170, junio 1966, pp. 79 a 83.

(8) *La extraña fe del Padre Teilhard de Chardin*, Revista *Itinéraires*, n.º 91, marzo 1965, pp. 114-143.

(*) El libro "Der Mann von gegenüber. Spiegelbild eines Lebens.", "Ein Pamphlet gegen die deutschen Katholiken?" (¿Un libelo contra los católicos alemanes?). List Verlag, München, 1963, pp. 215 y ss.

CRISTO REY EN LAS SAGRADAS ESCRITURAS

Sal. 2

El que habita en los cielos se ríe y se burla de ellos,
habla airado contra ellos
en su furor los sacude diciendo:
Yo le hice a El Rey mío
sobre Sión mi santo monte.

Promulgaré el decreto del Señor:
El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo,
Yo te he engendrado hoy.
Pídemelo y te daré las gentes por herencia,
y como posesión los extremos de la tierra.
Los regirás con cetro de hierro,
los quebrantarás como vaso de alfarero.

(v. 4-9)

Sal. 21

Recordarán y se convertirán al Señor
todas las naciones de la tierra.
Caerán de rodillas ante El
todas las familias de las razas.
Porque del Señor es el reino
y El es el que domina en las gentes.

(v. 28-29)**Sal. 44**

Dedico mi poema al Rey...
Hermoso eres de aspecto entre los hijos de los hombres,
difundida está la gracia sobre tus labios,
por eso te bendijo Dios para siempre.
Cíñete la espada sobre el muslo, ¡oh poderoso!
la espada que es tu adorno y tu hermosura.
Pasa triunfalmente en favor de la fidelidad y la justicia,
y tu diestra te muestre hazañas ilustres.
Tus flechas son agudas, los pueblos se te sujetan,
desfallecen de ánimo los enemigos del Rey.
Tu trono, oh Dios, dura eternamente,
cetro de justicia es el cetro de tu Reino.
Amas la justicia y odias la iniquidad,
por eso te ha ungido, oh Dios, tu Dios,
con aceite de alegría entre tus semejantes.

(v. 1-8)**Sal. 46**

Todas las gentes, aplaudid,
cantad a Dios con voz de alegría.
Porque el Señor es excelso y terrible,
Gran Rey sobre toda la tierra...
Sube Dios con exultación,
el Señor sube con sonidos de trompeta.
Cantad a Dios, cantad,
cantad a nuestro Rey, cantad.
Puesto que Rey de toda la tierra es Dios,
cantad el himno.
Dios reina sobre las naciones,
Dios se sienta sobre su trono santo.

(v. 2-9)**Sal. 71**

Oh Dios, da la potestad judicial al Rey,
y tu justicia al que es Hijo de Rey.
Gobierne tu pueblo con justicia,
y a tus siervos con equidad...
Vivirá largo tiempo, como el sol,
y como la luna, que duran generaciones.
Y dominará desde un mar hasta otro mar,
y desde el río hasta el extremo de la tierra.
Delante de El caerán los enemigos,

y sus adversarios besarán el polvo.
 Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán dones,
 los reyes de Arabia y Sabá traerán regalos.
 Le adorarán todos los reyes de la tierra,
 todas las gentes le servirán...
 Será su Nombre bendito por los siglos,
 mientras brille el sol, permanecerá su Nombre.

(v. 1-11; 17)

Isaías - 11

Brotará una rama de la raíz de Jessé
 y una flor de la misma raíz.
 Y descansará sobre El el Espíritu del Señor:
 espíritu de sabiduría y de entendimiento,
 espíritu de consejo y fortaleza,
 espíritu de ciencia y de piedad;
 le llenará el Espíritu de reverencia del Señor.
 No juzgará según lo que los ojos ven,
 ni acusará según lo que los oídos oyen.
 Sino que juzgará a los pobres según justicia,
 y acusará con equidad en defensa de los mansos de la tierra.
 herirá la tierra con el cetro de su boca,
 y con el aliento de su palabra matará al impío.

(v. 1-4)

Apo. c. 19 v. 11-16

Vi el cielo abierto y un caballo blanco, y el que se sentaba sobre él se llamaba Fiel y Veraz, y juzga con justicia y lucha. Sus ojos como llama de fuego, en su cabeza muchas diademas reales, y tienen un nombre escrito que nadie sino El conoce. Estaba vestido con vestidos salpicados de sangre, y su nombre es: Verbo de Dios. Y los ejércitos que están en el cielo le seguían en caballos blancos vestidos de púrpura blanquísima. De su boca sale una espada de doble filo: con ésta herirá a las gentes. Las gobernará con cetro de hierro, y El pisa el lagar del vino del furor de la ira del Dios omnipotente. Y en su vestido y en su muslo lleva escrito: Rey de reyes y Señor de los señores.

TOPICOS

P A Z

Pocas palabras existen en el diccionario más gratas al hombre que la que encabeza estas líneas. Incluso fonéticamente, incluso gráficamente irradia una serenidad augusta, una extraña luz de amor en su sencillez trilateral.

El Evangelio de Cristo está literalmente tapizado con esta palabra. Paz a los hombres de buena voluntad. Mi paz os dejo, la paz os doy... Paz es lo que anhelan los pueblos, las naciones, la Humanidad. "Pacem in terris" es el título de una encíclica crucial en la Historia del Mundo.

Sin embargo, pocas palabras se han mixtificado, se han desvirtuado y han servido más veces de disfraz para las más absurdas maquinaciones. En los últimos tiempos, en esa argéntea bandeja de la paz se han servido manjares de todos los colores, pero principalmente del color de la sangre, el cual ciertamente parece difícil relacionar con el concepto de la paz. Asociaciones pro paz, movimientos pro paz. Así se han hecho llamar una y otra vez iniciativas bajo las cuales latía a borbotones la vena del odio.

Queda dicho de un modo metafórico que la palabra *paz* ha sido elegida muchas veces como "slogan" por el comunismo internacional europeo, asiático o americano, cuyas

intenciones pocas veces, si es que ha habido alguna, han tenido un adarme de pacifistas. Así en las últimas décadas se esgrimía y enarbolaba la bandera de la paz con una mano, mientras con la otra se invadía Corea, se aplastaba Budapest, se deportaba a los bálticos, se incendiaba el Tibeth. Voceando paz, por todos lados se encendían piras de odio y de agresión. Se asaltaban casas, se secuestraban exilados, se deportaban sacerdotes, se encarcelaban cardenales. Paz se voceaba por encima de los tanques, paz dando de zapatazos en los pupitres de la O. N. U., paz regando paredones cubanos con sangre roja inocente, paz sufragando revueltas de uno a otro polo. Paz en fin, ametrallando a mansalva a los desgraciados fugitivos de Berlín, que se desangraban a dos pasos de la libertad hasta quedar, con el último suspiro, definitivamente en paz. La Paz, tan prolijamente trompeteada ha sido en miles de ocasiones la *Pax Aeterna* de los epítafios, el *In pace*, la paz de la sepultura.

De un tiempo a esta parte, paralelamente a esta extraña nueva acepción de la palabra Paz en el mundo, ha surgido un gran número de asociaciones que la llevan impresa en

sus tarjetas. Este símbolo ¿impregna también de un modo sincero, justo, amoroso y *total* sus actividades? Probablemente en algunas sí y en otras no tanto. Ahí tenemos por ejemplo a la *Pax* polaca, denunciada repetidas veces por el catolicismo auténtico como una farsa desleal y agresiva.

La verdadera paz, la paz de Cristo es absolutamente *blanca*. Recelemos de las palomas con plumas coloreadas que pueden esconder intenciones de gavilanes. Los pacíficos serán llamados hijos de Dios, según promesa evangélica. Pero serán los auténtica, los sinceramente pacíficos. No los que encubren bajo etiqueta de paz sus egoísmos partidistas, ni precisamente los que vociferan el pacifismo empleándolo como un cañón para bombardear a sus enemigos. En guardia, pues, cada vez que veamos escrita o pronunciada la palabra *Paz*. Analicemos minuciosamente lo que hay detrás de ella, que puede ser un verdadero y noble deseo de bienestar de los hombres o un bastardeamiento más o menos consciente de ese concepto, utilizado al servicio de particularísimas ideologías. Hay ósculos de paz que son besos de amor; pero también hay besos de Judas.

CRISTIANISMO ADULTO

Una frase que salta en cuanto se lee una publicación de las que se llaman *avanzadas* o en cuanto discutimos con alguna persona que tiene de sí mismo este concepto, es esta de "Cristianismo adulto". La

repetición por parte de mucha gente, reiterativamente, en *disco rayado* de estas dos palabras, hace que tengamos que incluirlas en nuestra lista de tópicos.

El origen de este lugar común hay

que buscarlo en la suposición de que el Cristianismo ha estado hasta el presente virtualmente en mantillas: ha sido una religión infantil y que sólo la generación presente lo hará *entrar en quintas* por así decirlo.

Esta suposición y estado de ánimo es muy frecuente en nuestros días y lo ha sido siempre. Se funda en el desprecio olímpico que cada generación siente sobre las precedentes, fenómeno que está ocurriendo desde que el mundo es mundo.

Cristianismo adulto quiere decir, para quien se molesta en explicar la frase, lo que al fin es de agradecer, un cristianismo que no cree en consejas, en milagros ni en sentimentalismos. Que destierra las devociones, los escapularios, las novenas y en general, todos los actos de piedad. Que cree que incluso los dogmas de la religión han de sufrir una minuciosa revisión porque hay algunos que "no caben en la cabeza". Que se muestra escéptico o receloso, según los casos, ante los misterios de la teología: divinidad de Cristo, virginidad de María, Presencia eucarística... Para terminar: *cristianismo adulto* es una postura que se cierne en la zona donde el pensamiento deja específicamente de ser cristiano.

Como ocurre con muchos errores, este ha partido de un concepto originalmente razonable, sobre el que voy a insistir porque el presente libro está muy lejos de ser un manual partidista, ciego para todo lo que no sea una posición predeterminada.

Los ejercicios de piedad a veces

se han desvirtuado por un prurito exclusivamente sentimental (nótese que decimos *exclusivamente*: el sentimiento es imposible expulsarlo de la religión. La misma fe es un sentimiento). Una mística de cortos alcances ha desacreditado a veces la espiritualidad religiosa, que se ha perdido y atomizado en multitud de pequeñas devociones, también a veces.

Pero el que hayan existido a veces estas desviaciones o parvificaciones de la piedad, no quiere decir que la piedad en sí se haya minimizado ni que deba desaparecer. Ni influye en ello la obsesión cronológica e historicista que padecen muchos coribantes de la moderna mística. La piedad deleznable no es cosa de este siglo ni de otro. En todos ellos ha habido estólida beatería y en todos ha habido alta convicción. No es cosa del tiempo sino del individuo. ¿Fueron cristianos infantiles San Agustín o San Ignacio de Loyola?

Si a esta frase de *cristianismo adulto* se la despojase de su carga tópica y de su extremismo sectario, quedaría en algo aceptable. En tal o cual momento de la historia, nuestros templos, a fuerza de recargarlos de imágenes, de cuadritos, y de ex votos, se han convertido en un pue-

to de baratijas. Pero el remedio no está en quemar estas iglesias y hacer edificios de cuatro paredes lisas. Tan inadecuado y tan infantil es el templo-verbena como el templo-garaje. Tan mentalmente retrasada es una piedad pueblerina desdenosa que no siente, cree ni ama nada. Jubilar a los Santos, jubilar a la Virgen, jubilar al Sagrado Corazón de Jesús, jubilar la Eucaristía, jubilar a Dios: estos son los peldaños sucesivos del *Cristianismo adulto* que comienza en una tímida iconoclastia y concluye en un franco ateísmo. Quien empieza a descender esta escalera, lo más fácil es que baje hasta su fin.

Por otro lado, falta por ver si esta adulez de pensamiento, aun la ortodoxa, tiene ante Dios, a la hora de calibrar el mérito del alma, tantos quilates como se le atribuyen. Con toda probabilidad y no faltan lumbreras de la teología que lo dicen, se encuentran en la Gloria más beatas que teólogos, incluso relativamente.

Para resolver nuestras dudas sobre el Cristianismo, lo único racional es interrogar a Cristo mismo. ¿Y qué dice Cristo del *Cristianismo adulto*? Leamos el Evangelio de San Marcos: "En verdad os digo, que si no os hicieréis como niños, no entraréis en el reino de los Cielos..."

CARLOS A. CALLEJO

En aquel tiempo: se acercaron los discípulos a Jesús y le hicieron esta pregunta: ¿Quién será el mayor en el reino de los cielos? Y Jesús, llamando a sí a un niño le colocó en medio de ellos. Y dijo: En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños en la sencillez e inocencia, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera pues que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los cielos (Mat. 18, 1-4).

(Evangelio que se lee en la misa de Santa Teresita del Niño Jesús)

LA LEY DEL CELIBATO ECLESIASTICO

FALSA Y GRATUITA INTERPRETACIÓN

Conocido es el revuelo que se produjo en muchos sectores de la opinión pública, especialmente en el pueblo cristiano, al saberse la convocación del Concilio Vaticano II, por el Papa Juan XXIII, y el intento de aquel gran Papa al hacer dicha convocación; que fue, principalmente, la plena renovación de la Iglesia y su adaptación a las necesidades de la época actual; y también la aproximación de la Iglesia Católica a los hermanos separados, con miras a una futura unión de todas las Iglesias cristianas.

Este segundo designio, y las ardientes expresiones con que Juan XXIII suspiraba por la realización del deseo y encargo supremo de Cristo, de que todos sus discípulos y seguidores fuesen una sola cosa, estuviesen

perfectamente unidos, o, lo que es lo mismo, formasen una sola Iglesia suya, fueron interpretados, por cierto muy ligeramente, por no pocos católicos, seglares y aun sacerdotes, como si aquella aproximación, tan justa, tan santa y tan necesaria, hubiese de llevar consigo una radical modificación de las leyes canónicas respecto del Celibato Eclesiástico; es decir, que para aproximarse y asimilarse más los sacerdotes de las varias Iglesias Cristianas, unos a otros, se permitiría en adelante a los sacerdotes católicos contraer matrimonio y vivir en el estado conyugal, en forma parecida a la de los sacerdotes de las Iglesias Orientales separadas, y a la de los pastores protestantes.

LA ENCÍCLICA "SACERDOTALIS CELIBATUS"

Bien pronto los Documentos del Concilio hicieron gran luz sobre esta grave cuestión, y demostraron la firmeza con que la Iglesia Católica quería mantener el Celibato de sus sacerdotes. Sin embargo, todavía quedaba en la mente de algunos la idea de que se llegaría a la suspensión o atenuación de la ley del Celibato Eclesiástico.

Mas si aún perduraban rastros de ofuscación y nieblas de dudas en algunos espíritus, todo ha debido quedar disipado con la esplendorosa claridad de las enseñanzas que ha dado a toda la Iglesia el Papa Paulo VI, en su admirable y oportunísima Encíclica "Sacerdotalis Celibatus", del 24 de junio de 1967. Es en verdad un gravísimo Documento Pontificio, lleno de sabiduría cristiana, y escrito con tal unción pastoral, que demuestra bien a las claras cómo una vez más el Sucesor de Pedro ha respondido sincera y humildemente a la pregunta de Cristo a su primer Vicario en la tierra: "¿me amas tú más que éstos?", diciéndole: "Señor, tú lo sabes todo; tú bien sabes que te quiero"; y, en consecuencia, ha oído de Cristo el reiterado y sublime encargo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"; es decir, no sólo

a mis fieles, sino también a los que les comunican la vida de la gracia, y les nutren en ella (Cfr. In., 21, 15-17).

Muchas veces se ha alzado la voz de suprema autoridad de los Sumos Pontífices, defendiendo y enaltecendo el Celibato Eclesiástico; pero esta gran Encíclica quedará como la "Carta Magna" de la perfecta castidad que la Iglesia de Cristo pide a sus Sacerdotes.

Y tanto es así, que esta luminosa Encíclica ha puesto, por decirlo con una frase usual, en primer plano, la cuestión del Celibato sacerdotal.

No es nuestro intento analizar la doctrina de la Encíclica, ni referirnos a ella directamente para presentarla en su grandeza verdaderamente admirable; sino, con esta ocasión, exponer brevemente el sentido y la historia de la Ley del Celibato Eclesiástico, en su aspecto jurídico y moral, como lo hacen los más autorizados Canonistas. A ellos seguiremos en este artículo, y más concretamente a los que son considerados en los tiempos modernos como lumbreras de la Ciencia Canónica, los PP. Francisco Javier Wernz y Pedro Vidal, ambos profesores que fueron de la Universidad Gregoriana de Roma (Uus Can., T. II, págs. 136, sigs.).

I. SENTIDO Y PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA LEY DEL CELIBATO ECLESIASTICO

El Código de Derecho Canónico, en su Libro 2.º, "De las personas", Parte 1.ª, "De los Clérigos", Sección 1.ª, "De los Clérigos en general", y Título 3.º, "De las obligaciones de los Clérigos", expresa la Ley del Celibato en esta forma: "Los Clérigos que están constituidos en

las Órdenes Mayores (Subdiaconado, Diaconado y Presbiterado), tienen la prohibición de contraer matrimonio; y de tal manera están ligados con la obligación de guardar la castidad, que al pecar contra ella, son también reos de sacrilegio..." (Can. 132).

El Celibato, en cuanto se impone a los Clérigos, pertenece a sus obligaciones *positivas*; y es tan importante y aun la principal entre ellas, y brilla como tan singular ornato y gloria del Estado Eclesiástico, que los Canonistas tratan de ella en capítulo aparte y con especial y reverente atención.

En el sentido estricto del Canon a que nos referimos, el Celibato no es en forma alguna, tan sólo la obligación impuesta por *ley divina* a todos los solteros, de evitar toda incontinencia y guardar la castidad, mientras perseveran de hecho en aquel estado *libre*; sino que propia y próximamente es aquella obligación, que tiene el Clérigo, por determinada ley eclesiástica, a él impuesta, de abstenerse del matrimonio; y si ya estaba unido en matrimonio, a lo menos de su *uso*. Esta obligación del Celibato la expresó aptísimamente el Papa San León Magno con estas palabras: "Los que tienen esposas, vivan como si no las tuviesen; y los que no las tienen, permanezcan célibes" (Cfr. C. 1, D. 32).

Pero esta obligación, en cuanto es *negativa*, o sea de abstención del matrimonio o de su uso, no comprende todavía el perfectísimo grado del Celibato Eclesiástico; pues éste consiste principalmente en la obligación *positiva*, impuesta a determinados Clérigos por el derecho de la Iglesia, de guardar *la perfecta castidad*, confirma-

da con *verdadero voto*. Y esta obligación positiva del Celibato es a su vez la causa y el fundamento perfecto de aquella obligación negativa; pues la Iglesia, a fin de conseguir más segura y eficazmente el efecto de que determinados Clérigos viviesen separados del matrimonio y se abstuviesen de él, ha asegurado y salvaguardado aquella su ley prohibitiva del matrimonio para ciertos Clérigos, y la obligación que les impone, originada del derecho divino, por el voto, de abstenerse de la celebración del matrimonio, con una especial ley eclesiástica, con la que el matrimonio, tal vez intentado por los tales, queda enteramente írrito, nulo e inválido.

En esta materia hay que distinguir cuidadosamente la llamada disciplina y la práctica de la Iglesia occidental, de la de la Iglesia oriental. También hay que distinguir la obligación de no contraer matrimonio, de la obligación de no usar del matrimonio ya contraído; y también la obligación absoluta y perpetua del Celibato en los Clérigos de Órdenes mayores, de la obligación condicionada y temporal de los beneficiados de Órdenes menores. Y sobre todo distinguen los Canonistas la obligación del Celibato, nacida también del voto de perfecta castidad, de la obligación que se origina de la sola ley eclesiástica.

DOCTRINA CATÓLICA SOBRE LA SUPERIORIDAD DEL CELIBATO

Indicadas estas nociones previas sobre el sentido y alcance de la Ley de Celibato eclesiástico, pasemos a exponer brevemente sus principios fundamentales. Anotemos tres:

Si la Iglesia Católica, con ley general, exige a sus Clérigos de Órdenes mayores, y sobre todo a sus Sacerdotes, que guarden el perfecto Celibato, el principal e inconcuso fundamento de esta disciplina eclesiástica es la cierta e indudable doctrina católica sobre la honestidad, la posibilidad, y aun también la prestancia y superioridad del estado de Celibato y de virginidad, si se compara con el estado conyugal. Clásico y clarísimo es el pasaje de San Pablo, en su Carta primera a los Corintios, acerca de este punto (c. 7); y terminante el canon del Concilio de Trento, que dice así: "Si alguno dijere que el estado conyugal debe anteponerse al estado de virginidad o de celibato; y que no es mejor y más perfecto per-

manecer en virginidad o celibato que unirse en matrimonio Cfr. Mt., 19, 11 sigs.; 1 Cor., 7, 25 sigs., 38 y 40), sea anatema (Sess., 24, can. 10).

Esta doctrina católica se comprueba manifiestamente con el ejemplo mismo de Cristo Nuestro Señor, con el de los Apóstoles y de tantos y tantos Obispos y Sacerdotes santos. Y a estos ejemplos se añaden los claros y abiertos testimonios de Cristo y de sus Apóstoles, y las declaraciones, con tanta frecuencia repetidas, de la Iglesia Católica. Y, en fin, la misma doctrina se saca y se deduce de la intrínseca naturaleza del Celibato y de la Virginidad. Y una vez puesto este sólido fundamento, han movido a la Iglesia también otras razones para introducir el Celibato; y de ninguna manera hay que atribuir a la Iglesia los motivos que los acatólicos han inventado y fingido gratuitamente, o sea sin pruebas ningunas de verdad.

CONVENIENCIA DEL CELIBATO EN LOS SACERDOTES

Un segundo principio fundamental es que no puede negarse la suma conveniencia del Celibato de los Sacerdotes, si se tiene en cuenta principalmente la excelsa dignidad del Sacerdocio del Nuevo Testamento. Porque, en efecto, los Sacerdotes de la Nueva Ley no son asumidos por carnal generación, como los de la Ley antigua, sino por vocación espiritual. Más aún; a ellos les

incumbe la celebración del Sacrificio Eucarístico, en el que se ofrece a Dios la Víctima inmaculada. Pues si ya en el Antiguo Testamento los sacerdotes, mientras desempeñaban sus oficios en el Templo, debían abstenerse del matrimonio; cuánto más conviene la virginidad a los Sacerdotes de este nuevo y purísimo Sacrificio Eucarístico. Además, a los Sacerdotes les está confiada la cura,

o sea la solicitud y cuidado pastoral de las almas, la defensa de los derechos de la Iglesia, y otros gravísimos oficios espirituales, que ciertamente no se pueden ejercer sin grandes dificultades y sacrificios de todo orden; y que bien se ve no podrían ser tomados ni ejercitados, a no ser con graves incomodidades y muy dificultosamente por sacerdotes unidos en matrimonio. Finalmente, si todo el Clero estuviese casado, se abriría fácilmente la vía a la sucesión hereditaria en los oficios de la Iglesia; a la dilapidación de los bienes eclesiásticos en favor de la esposa, de la prole, de los parientes; y a la negligencia y aun abandono de los pobres de Cristo.

II. NOTAS HISTÓRICAS

a) Cristo Nuestro Señor, con su ejemplo y con su manifiesta doctrina, dio el *consejo* de guardar perfecta castidad. Este consejo lo siguió con pronta voluntad San Pablo, y persuadió con admirable elocuencia a otros cristianos para que fuesen seguidores del mismo consejo (Cfr. 1 Cor., 7, 25, sigs.).

b) Por lo cual no es de admirar que la vocación de Cristo para el estado de virginidad la siguiesen principalmente aquellos varones que por su oficio ejercían la legación de Cristo, y continuaban la obra de Él y de los Apóstoles; es decir, los Sacerdotes, y otros Clérigos.

c) Empero, de esto no se puede inferir que en los primeros tiempos de la Religión cristiana estuviesen excluidos del Clero los varones unidos en matrimonio, con tal que fuesen ellos "maridos de una sola esposa" (Cfr. 1 Tim., 3, 2; Tit, 1, 6). Ni se podían encontrar tantos varones célibes como se necesitaban para el ministerio de la Iglesia. Y las mismas leyes romanas contra el celibato eran no pequeño impedimento. Por lo cual, los Clérigos casados, que en edad ya algo avanzada eran asumidos para pertenecer al Clero, se abstuvieron del uso del matrimonio, por una laudable costumbre y norma, ya desde el tiempo de los Apóstoles. Y en este sentido se admite fácilmente que el Celibato eclesiástico es como una institución apostólica.

d) Sin embargo, hasta ahora no se ha probado con argumentos ciertos y concluyentes que los mismos Apóstoles, con ley general y expresa, hubiesen obligado con estricta determinación a aquellos Clérigos casados a la abstinencia del uso del matrimonio. Pero esto es enteramente cierto, que por una costumbre, que fue teniendo la fuerza de verdadera ley, ya durante el siglo IV, en la Iglesia occidental, y mucho tiempo antes del Papa Siricio, los Clérigos casados, constituidos en las Órdenes mayores, estaban excluidos del uso del matrimonio, y obligados a guardar el Celibato. Y esto mismo estaba en vigor en las regiones orientales, donde los cánones eclesiásticos se observaban con todo esmero. Y todavía hay menos duda de que, por una antigua tradición, y según lo testimonia San Pafnucio, los varones solteros y célibes, que eran admitidos a las Órdenes mayores, en lo suce-

Por último, si "del enemigo el consejo"; es decir, si hemos de tomar consejo de los mismos enemigos de la Iglesia, con nueva fuerza y de un modo preclaro se recomienda y se muestra en todo su brillo ante todos los católicos el Celibato de los Sacerdotes; pues los que impugnan el Celibato, o son arrastrados por un verdadero odio contra la Iglesia Católica, usan argumentos miserables y fútiles, y apelan a calumnia e injurias; o bien no razonan con la serena razón, ni menos con los principios de la fe, y se dejan llevar del impulso de las pasiones, que anubla y aun obceca su inteligencia.

sivo, y con el mismo rigor, tenían la prohibición de contraer matrimonio, de la misma manera que a los Clérigos mayores, ya antes casados, se les vedaban en absoluto las segundas nupcias.

e) Más tarde, al entibiarse poco a poco en no escaso número de Clérigos aquel primitivo fervor, se hizo necesario con expresas y escritas sanciones del Derecho Eclesiástico, recordar e inculcar a los Clérigos mayores la obligación del Celibato. Pero, notémoslo bien: "recordarla e inculcarla", mas no imponerla de nuevo, pues ya estaba impuesta por una ley antigua. Y la primera ley expresa del Celibato, reforzada con grave sanción penal, para los Obispos, Presbíteros, Diáconos, y aun a otros Clérigos casados, puestos en el ministerio, es decir, en el servicio del Altar, se contiene en el canon 33 del Concilio de Ilíberis (o Elvira, cerca del actual emplazamiento de la ciudad de Granada), por los años 300 al 306. A la cual ley expresa y su correspondiente sanción, muy pronto se sucedieron otras muchas en el mismo siglo IV; entre las cuales ocupa un lugar principal la Epístola del Papa Siricio a Himmerio, Obispo de Tarragona, el año 385.

f) Ya desde el tiempo de San Gregorio Magno, a fines del siglo VI, la Ley del celibato obligó por derecho común en la Iglesia occidental a los Obispos, Presbíteros, Diáconos y Subdiáconos, y a ellos solos; y ya no fue nunca extendida esta ley a otros Clérigos; y tan sólo confirmada con nuevas y repetidas sanciones.

g) Con todo, hay que reconocer que la práctica de los Clérigos, sobre todo en los oscuros siglos X y XI, fue poco conforme a los sagrados cánones que se habían prescrito en tiempos anteriores. Y por lo mismo, los Romanos Pontífices, sobre todo Benedicto VIII (año 1022), León XI (a. 1054), Nicolás II (a. 1059), Alejandro II (a. 1063), y más y mejor que nadie San Gregorio VII (a. 1074) y sus Sucesores, se dedicaron a restaurar la ley del Celibato en el Clero, y su fiel observancia, con nuevas y claras leyes, que los mismos Papas procuraron llevar a la ejecución con intrépido valor y firme constancia.

h) Esta saludable reforma, aprobada en los subsiguientes Concilios Ecuménicos y en las compilaciones

auténticas de las Decretales, alcanzó el deseado efecto en muchas regiones, si bien no con el mismo vigor en algunas.

i) Pero lo cierto es que desde el siglo XI hasta la pseudorreforma del siglo XVI, ya no fue impugnada di-

cha ley. Y a los falsos reformadores opuso la Iglesia en el Concilio de Trento (Sess. 24, c. 9), la solemnísimas aprobación del Celibato eclesiástico; y hasta nuestra edad, nunca ha inmutado su disciplina sobre el Celibato de los Clérigos.



Tal es, en breves rasgos, el proceso histórico de la Ley del Celibato en la Iglesia Católica; es decir, en la Occidental; pues lo referente a la Iglesia oriental es cosa distinta, y no queda espacio para reseñarla.

Mas es importante añadir que la Iglesia occidental, así como poco a poco fue exigiendo a sus Clérigos la obediencia canónica, confirmada con una promesa jurada, quiso que también su ley del Celibato fuese corroborada por una promesa libre sí, pero expresa y seria, con la que se comprometen a guardar perfecta castidad los Clérigos mayores, al ir a recibir las Sagradas Órdenes.

La cual profesión de continencia perfecta, al principio debía ser emitida por solos los Sacerdotes y Diáconos; pero al ser extendida la Ley del Celibato también a los Subdiáconos, se exige de ellos la misma promesa de castidad.

Y no cabe la menor duda de que tal promesa, aunque próximamente se haga en manos de un hombre, es decir, del Obispo consagrante, pero tiene la fuerza de un *verdadero voto*, o sea de una promesa hecha a Dios mismo. Y si bien se fue introduciendo la práctica de que en la ordenación de los Subdiáconos ya no se hiciese expresa promesa de castidad; pero es porque la misma suscepción de dicha Orden sagrada se consideraba como una tácita profesión del voto de castidad, de una manera parecida a lo que en el antiguo derecho se hacía, cuando por determinados actos, establecidos por el mismo derecho, se podía emitir de un modo tácito la profesión religiosa. Y ésta es la forma de tácita emisión del

voto de castidad en la ordenación de Subdiáconos, que en la actualidad se usa.

Esta Ley del Celibato Eclesiástico, con toda su grandeza, ha sido aprobada y enaltecida en la reciente Encíclica del Papa Paulo VI; en la cual, como es patente, ha preferido el Sumo Pontífice tratar de una manera directa y expresa, y aun casi exclusiva, del Celibato de los *Sacerdotes*.

Y así, una vez más, se han verificado, como seguirán verificándose en los tiempos adelante, la graves y terminantes palabras que pronunció el Papa Benedicto XV, en su Alocución Consistorial de 16 de diciembre de 1920, refiriéndose y oponiéndose a algunas tentativas que por entonces surgían entre algunos Sacerdotes en contra del Celibato; pues, teniendo ante sus ojos el fin excelso de la Ley que lo impone y lo mantiene, es decir: ante todo, la perfecta pureza de alma y cuerpo que le es conveniente al Sacerdote de Cristo, por su oficio de celebrar el purísimo Sacrificio del Cordero Inmaculado; además, la libertad que el Celibato da evidentemente para el cuidado pastoral de las almas; y finalmente la autoridad innegable que tal vida de renuncia y de abnegación le concilia al que ha de ser apóstol de la vida y de la perfección cristiana; dijo así con la firme entereza de la más íntima convicción: "Por lo tanto, Venerables Hermanos, lo que ya Nos muchas veces hemos aseverado y profesado, eso mismo ahora solemnemente y con toda aseveración atestiguamos; a saber, que nunca sucederá que esta Sede Apostólica mitigue aun con parciales atenuaciones, y mucho menos llegue a abolir la santísima Ley del Celibato eclesiástico".

ROBERTO CAYUELA, S. J.

(Viene de la pág. 207)

UN CONVERTIDO AL CATOLICISMO HABLA SOBRE REFORMA LITURGICA

mo los idealistas suelen inspirarme algún temor. Los utopistas son capaces de hundirte un día el cráneo — por puro idealismo.

Tal representante del Movimiento litúrgico, en las cercanías de Munich, lee su Misa en alemán ante una comunidad esotérica. A un punto determinado se impone un movimiento del cuello, al final se dis-

tribuye la Comunión en forma de pan duro, y en una Vigilia pascual parece que toda la comunidad, presa de un arrobó, se ha puesto a bailar eufóricamente. Lo sé de buena fuente. Pero aun si tal relato fuese exagerado, sigue coincidiendo con mi "visión" de la futura iglesia germánica; he visto formas similares de la Misa y he recibido las siguientes

órdenes: "¡De rodillas!, ¡de pie!, ¡sentados!, ¡cantamos!, ¡rezamos!, ¡hablamos!". También la chispeante Annette Kolb ha presenciado algo parecido en la Iglesia de la Santísima Trinidad de Munich, y exclamó: "¡Cielos!, ¡han vendido la Iglesia a los protestantes!" De "Una Voce", Berlín.

19. Rundbrier, sept. 1967, p. 27 y ss.

AL MEDIO SIGLO

1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

V

INGLATERRA: UN GRAN IMPERIO SIN BASE TEOLOGIA

(Continuación)

... El porqué de su rápida disolución...

Antes hemos dicho que el Imperio Británico, pese a su extensión geográfica, única en la Historia, materialmente hablando auténticamente universal, era un Imperio sin base teológica. Y añadimos ahora: sin base profundamente social ni humana. Esto no atenta, de otra parte, a la enorme trascendencia que ha revestido. Pero nos obliga a estudiarlo a fondo. Ello quizá nos lleve a comprender el porqué de su rápida disolución que en la actualidad, y con pasmo, contemplamos. Si la decadencia de los Imperios romano o español fue cuestión de siglos, la del Inglés habrá sido, tan sólo, cuestión de escasos años: tal decadencia proclama la falta de profundidad del gran Coloso que tenía los pies de barro. Si la Historia, sin la Teología, no se aplica, menos puede confiarse en la estabilidad de un Imperio que, a su manera, una u otra, no se asiente sobre una base teológica, y menos si es un Imperio universal, que, más que todo otro, reclama una profunda razón de ser. Y esta razón sólo puede conocerse siguiendo las sendas de la Providencia.

Sólo a su largo, y, sobre todo, a su luz, tienen una explicación los grandes Imperios de la Antigüedad, los Imperios de la Biblia. Esta luz alumbró el porqué de la Europa imperial del Medioevo, del Imperio transmarino de España, de todas las grandes y profundas Unidades que, incluso al desaparecer, nos han dejado su Legado.

... «Sin pensar un instante si cree o no una palabra»...

Cínicamente, el filósofo americano Santayana tiene una frase definitiva para definir el carácter, que osamos calificar de anti-teológico, inglés: "... Cuando el inglés ha hecho su ejercicio y está tomando su cerveza o su té, con la pipa encendida; cuando en el jardín o al lado de la chimenea se arrellana en su sillón, agresivamente confortable; cuando, bien bañado y bien afeitado, se vuelve en la Iglesia hacia Oriente y recita el Credo anglicano, sin pensar un instante si cree o no una sola palabra..."

"Sin pensar un instante si creen o no una palabra..." Franceses, alemanes, españoles, americanos, todo el resto del mundo hace profesión de creer, o de no creer, o, incluso, de dudar. Los ingleses, cantando todos los domin-

gos con grave compostura los salmos, jamás se han detenido en pensar si creen, si no creen, o incluso si dudan... Ni siquiera les ocurre tal cosa. Ni siquiera la duda. No dudan, por cuanto no se toman ni la molestia de dudar. Ni son escépticos, porque no se toman la molestia de serlo. Cantan bien la Biblia, porque ello forma parte de su sistema de vida, y es una fórmula de la misma. Nó creen, ni dejan de creer, ni les preocupa la verdad ni el error. Porque ellos tienen a su Patria, a Inglaterra, que está por encima del bien y del mal.

Inglaterra, falta de base teológica, no ha sido nunca misionera: esto la distingue. Lo que ha sido en tal alto grado España, en menor, pero también alto nivel Francia, e incluso, remotamente, a su manera (emancipación de esclavitud y de colonias) la joven República Norteamericana, no lo ha sido, ni de lejos, Inglaterra. Con no menor cinismo que Santayana, pero con no menor exactitud, lo asevera André Maurois: "... El desdén por el extranjero, sea cual sea, es en él un sentimiento más fuerte que el odio al enemigo. Allí donde va el inglés, sigue siendo inglés. A las Indias como a la China, lleva consigo su *breakfast*, su *tennis*, su *golf*, su código moral. No pide a los *nativos*, a los indígenas, que adopten sus costumbres, pero él no adopta tampoco las de ellos jamás. El francés, en sus colonias, trata de comprender al indígena (por lo menos, ésta era la enseñanza de Lyautey). El inglés considera que su deber es solamente gobernar. No es misionero. Prefiere su "home" al extranjero. Se siente aliviado cuando los indígenas aceptan seguir siendo indígenas, y los extranjeros, extranjeros, todo ello a una cómoda distancia de él. Y la base de este digamos optimismo, ya sincero, ya fingido, es un *inmenso orgullo nacional*. "En el fondo de su corazón — dice Arthur Bryant — el inglés está convencido de que su país es el más grande del mundo." Lo dice rara vez, porque es demasiado orgulloso para dejar de ser modesto."

Cuando, hace muchos años, en Barcelona, se instauró una capilla anglicana, se ha comentado mucho el dolor que ello causó al entonces Prelado nuestro y al sentir católico de nuestros fieles. Nada más justo ni natural, y ha sido gracias a este celo que se ha guardado, en nuestro País, el precioso depósito de la Fe ante los peligros protestante y tantos otros. Pero quizás en este caso concreto de la citada capilla anglicana y del angli-

canismo, este peligro era harto menor de lo que con justo celo se temía, y fruto de no conocer bien a los ingleses. Nosotros, cristianos españoles por ejemplo, como creemos en un Cielo, y en un Infierno, y en la inmortalidad del alma, y en la Redención, anhelamos salvar almas, sea de blancos o de negros, sea de cultos o de subdesarrollados, y que, al fin, todos los hombres convergen reunidos en el gran Redil. También a su manera, dentro de sus errores — especialmente en la situación de buena fe invencible, mejor dicho, de error invencible —, y esto les honra, como es natural, un cismático, un luterano, un musulmán, hasta un infiel o pagano de cualquier secta o filosofía, anhelará hacer prosélitos. Creer, sin embargo, que, a su vez, como otras religiones, el anglicanismo anhele hacer prosélitos, es de una ingenuidad infantil. Al buen anglicano le tiene perfectamente sin cuidado la salvación de las almas que no son inglesas. Su religión, invenciblemente, porque lo han mamado así, es una institución de entraña y nervio absolutamente nacional. Sus templos son el club aristócrata de una raza — la inglesa — humanamente aristócrata, donde se reúnen, sin faltar un domingo, para cantar la gloria de su Patria y de su Reina. Y esto es todo. Una invasión que les llegara, de *nativos* de otros países que en el fondo desprecian, “anglicanizados”, ¿para qué? Les molestaría en su templo, cuyo tono señorial rebajaría, y atentaría a su comodidad, porque todo público no inglés es “shocking” y poco educado, y, además de esto, repetimos, no es inglés. Esta “inmigración” le interrumpiría sus cánticos y su Biblia. Sospechamos la cara de desolación que hubiera puesto aquí, en la época a que antes nos hemos referido, la colonia británica de Barcelona, si se hubiese hallado con una “invasión” masiva de “conversos” en su capilla.

¿Qué razón de ser, la de este imperio desconcertante?

Estas digresiones las hemos establecido para pintar, de una vez, el carácter inglés, este carácter “sui generis”, que durante dos siglos ha culminado como el más refinado pináculo y alta cumbre — dentro de grandes cualidades que le reconoceremos — del orgullo humano.

¿Qué secretos, qué vías podemos escrutar dentro de la Teología de la Historia para explicar, para buscar una razón de ser, en este inmenso Imperio — que actualmente se desmorona con tanta rapidez? Y de este desmoronamiento está aún llena de estupor la Humanidad.

Del Imperio que cubría, como hemos visto en el capítulo anterior, en su cénit de 1921, una tercera parte exacta del Orbe (las Indias, el África desde el Cairo al Cabo, el Canadá, la Oceanía entera), no queda ya sino un teórico “Commonwealth” que se ha visto incapaz, por ejemplo, de dirimir la interna contienda de dos de sus miembros, la India y el Pakistán, o impedir la separación de la Unión sudafricana. El Imperio romano tardó muchos siglos en derrumbarse. El español más de cuatro. El inglés lo ha hecho en menos de veinte años, y, cosa notable! Tras tantos siglos de victorias ininterrumpidas,

pero pírricas siempre. Desde su primer triunfo sobre nuestra Armada Invencible, hasta las últimas glorias de Churchill, vencedor de Hitler, el mayor capitán del siglo desde Napoleón Bonaparte a quien devoró el león británico también.

¿Qué razón de ser existe, pues, en este Imperio desconcertante? Esforcémonos en escrutar esta trascendental cuestión, tan a la vista de todos, y tan oscura y misteriosa.

Quizá sea la más importante, la que podemos llamar, usando frase clásica, casi patristica, de haber *preparado las calzadas*. Nos referimos al viejo — y muy justificado — tópico. Roma, según los Padres, y según la Historia toda, tuvo por finalidad la de preparar y formar la unidad mundial necesaria y suficientemente duradera para permitir la propagación y el enraizamiento del Cristianismo. Desde tantas instituciones espirituales, desde tantos conceptos universales de derecho y de sociedad, hasta la apertura material de las calzadas y caminos, a través de llanos y montañas, de bosques y de lagunas, de riscos y de desiertos, por donde habían de viajar los Apóstoles. Inglaterra, si otra cosa no, ha sido, sin dudar, quien ha preparado las *calzadas marítimas* (durante dos siglos en los cuales, gracias al vapor, el mar ha sido el mejor camino) para la consumación de los nuevos tiempos que alborean.

Si, espiritualmente el legado de Inglaterra a sus colonias ha sido menguado, es de reconocer, que ante todo, ha sido la que ha abierto las grandes vías de comunicación mundiales, y, a través de las mismas, han participado de la vida de Europa tantos futuros pueblos, en una u otra forma. En este aspecto material, Inglaterra ha sido sucesora de Roma.

Más aún, y dentro de un balance harto negativo en muchos aspectos espirituales, el peso de Inglaterra naturalmente, ha sido enorme en la Historia. Y, si situamos a ésta en el gran momento, en la grande y suprema crisis de 1917, justo es que estudiemos tal influencia, como se ha manifestado, qué efectos ha tenido. Y ello no puede dejarse ligeramente concluyendo con una crítica de tipo tan negativo como la que hemos establecido.

Ante todo: ¿qué hizo posible el imperio inglés?

A decir verdad, cuando se conoce bien Inglaterra — e incluso, a pesar de lo que pueda parecer al lector a través de las presentes líneas — cuando se la gusta y se la ama por sus cualidades humanas (Inglaterra es muy paradójica), choca profundamente la existencia de este grande, sin precedentes, imperio inglés.

No brilla, el genio inglés, por su inteligencia y rapidez, por mucho que se diga. Ni — y esto chocará aún más a nuestros lectores — hemos sabido apreciar muchas veces el grado de maquiavelismo que siempre se le atribuye, aun cuando, en efecto, haya sido real en no pocos casos. Raza más bien tarda, con escasas reacciones — como hoy se dice —, imbuida de un tremendo orgullo nacional, que mejor parece llevarla al despre-

cio de lo extranjero que a una dominación universal. Mil anécdotas significativas en la Historia lo demuestran. Contra lo que se cree, la conquista de Gibraltar — que aun ahora, por orgullo fatuo, se empeña en conservar, cuando ninguna finalidad tiene — no fue fruto de ninguna maquiavélica conspiración, sino golpe de fortuna que los políticos británicos de la época tardaron muchísimos años en apreciar. La Inglaterra de Palmerston, con sin igual torpeza, fue la engendradora de la Alemania y de la Italia que más tarde debían atentar contra ella como nadie lo hiciera después de Napoleón. Quien ha vivido y tratado ingleses, no concibe en aquellas mentes rutinarias y lentas tanto motivo para lo de la “pérdida Albión”, que, no obstante, la realidad de la Historia proclama. Y menos, según puede verse, aún, si hay que creer a tantos cuantos nos narran la vida y el ambiente de la inmensa burocracia colonial — especialmente en las Indias — británica, proba sí, señorial y honorable humanamente hablando, pero al mismo tiempo sin el más mínimo dote humano tampoco.

¿Razones por tanto? ¿Cómo surgió este Imperio? ¿Es que quizás es una ventaja, para el progreso de un pueblo, su falta de imaginación? ¿No es verdad que por exceso de ella — que nos conduce al anarquismo — nos perdemos los pueblos latinos? De todo puede haber un fondo de verdad.

Ante todo, debemos manifestar que no somos fatalistas ni deterministas. Aun cuando sumamente mediatazada por las circunstancias, creemos en la libertad humana, en el libre albedrío, como la más determinante.

Pero ello no empece para que no hayamos de tener en cuenta los factores materiales.

Y ellos solos son suficientes, a nuestro entender, para explicar el porqué del Imperio inglés universal.

Su insularidad y su riqueza, le dieron unas ventajas y unos medios, que ni la propia Francia (mucho más rica naturalmente que Inglaterra, pero contiguo al fin) dispuso. Ni ningún otro país, jamás.

Ya nos hemos referido antes a ello. El vapor, aplicado a la navegación y las rutas del mar, explican por sí solas la aparición y la existencia del gran Imperio inglés apoyadas, al propio tiempo, en las virtudes humanamente especiales, y que sería injusto desconocer, del pueblo británico. Mas, estemos seguros, si este mismo pueblo se hubiese hallado situado dentro del continente europeo, jamás hubiera llegado a extenderse en la forma universal con que lo hizo.

Al decir vapor, significamos, asimismo, carbón, riqueza natural básica de los dos siglos pasados.

Véase como, al llegar a la era del petróleo, del motor, y de la aviación, el Imperio inglés ha desaparecido como burbuja, aparte de tantas otras razones psicológica, moral y hasta teológicamente más profundas — repitámoslo: ¡que no se nos tome por fatalistas y materialistas de la Historia! — que son y serán objeto del estudio de los presentes artículos.

En el próximo acabaremos estudiando la significación y obra política de Inglaterra hasta el año crucial de la Historia: hasta nuestro 1917 que nos empeñamos en proclamar como su actual cúspide.

LUIS CREUS VIDAL



UN CONVERTIDO AL CATOLICISMO HABLA SOBRE REFORMA LITURGICA

Más de una vez, hemos aludido a R. Seewald en nuestras circulares. Él mismo nos escribió hace algún tiempo: “Su movimiento corresponden exactamente a mis ideas sobre la reforma litúrgica. Ya que, antes del Concilio, había escrito en mis memorias «Der Mann von ge-

genüber», un capítulo «¿Un libelo contra los católicos alemanes?», que ahora parece una profecía, durante los últimos dos años he sido literalmente inundado de cartas de lectores, que espontáneamente me expresaban su adhesión...”

Me había, pues, convertido en un miembro de la Iglesia católica y en realidad hubiese debido exhibir todos los síntomas de aquella enfermedad, la cual, según afirman los católicos con una sonrisa, ataca a todo convertido: el deseo ardiente de reformar a la Iglesia en su cabeza y sus miembros. No me acuerdo de haber tenido el má mínimo acceso de tal enfermedad. ¿Será porque siento una aversión instintiva hacia la palabra “reforma”? ¿No es “reforma” igual a “retroceder”?... Sin duda, hay que podar al árbol de sus brotes superfluos, pero en una época, que tiende a tal punto a la desintegración de toda forma, de toda figura, la palabra “conservar” me parece mucho más intrépida. ¡Debemos luchar desesperadamente por lo que se ha de conservar!

Y, circunstancia de veras singular, ésta parece ser la tarea pre-

cisamente de los convertidos, mientras que el prurito de reformar la Iglesia de arriba abajo, ha atacado, por lo visto, como una fiebre, a los intelectuales católicos. "Sólo faltaban los convertidos..." decía, hace poco, un escrito furibundo en el "Klerusblatt".

Sigue la lista de las reformas, de las cuales he tenido que tomar nota durante los últimos doce años. A veces cuchicheadas al oído, a veces de voz en grito, a veces exigidas categóricamente:

Limitación de la autoridad papal hasta la supresión del Primado, ampliación de la autoridad episcopal hasta la jefatura sobre una iglesia propia, independiente de Roma; pero, a su vez, refuerzo de la posición del sacerdote contra la autoridad de su obispo, supresión del celibato, liberación del sacerdote de la obligación de vestirse de un modo que lo diferencie del seglar, transmisión de una parte de las funciones sacerdotales a los seglares, refuerzo del derecho de estos últimos a decidir en cuestiones eclesiales, sustitución de la lengua latina en la Misa por la vernácula, transformación de la Misa de un sacrificio en un simple ágape, lectura de la Misa cara al pueblo como expresión comunitaria, cuando, hasta la fecha, la postura del sacerdote expresaba un vicariado, destierro del Tabernáculo del altar, comunión bajo las dos especies, arrinconamiento de la devoción mariana, expulsión de las imágenes de la iglesia (ya está hecha); en lo posible, unión inmediata con los "hermanos separados", y por tal causa, natural renuncia al Magisterio infalible.

Hace 10 años, encontré en Düsseldorf, con ocasión de una exposición de mis cuadros, a Edward Schaper. Estaba dando un ciclo de conferencias a través de Alemania. Me tomó aparte y se lamentó: "Vd. sabe que he entrado hace poco en la Iglesia católica. Lo hice, porque es la "Católica"; pues bien, acabo de descubrir con terror que he caído en una secta. ¿Me puede Vd. explicar esto?" Le contesté: —"Ha to-

pado Vd. con el Movimiento litúrgico."

¿Qué es el Movimiento litúrgico? La Enciclopedia suiza lo define así: "Pretende la configuración del servicio divino, siguiendo el sentido litúrgico, a una acción comunitaria, mediante un conocimiento más profundo de la liturgia misma y mediante una participación activa (orante) de los seglares a la acción litúrgica".

Como antes de la palabra "reforma", vuelvo a confesar: desconfío de la palabra "movimiento". "Movimiento", sin precisar hacia dónde, puede significar: marcar el paso, gimnasia, dispersión, huida, un hormigueo como el de los infusorios bajo la lupa, de los gusanos en el cadáver, de las hormigas en el hormiguero. El movimiento sólo tiene un sentido, cuando tiene una finalidad. (Pero el "futuro" no es una finalidad; lo alcanzamos también, si nos tumbamos de espaldas.) Por lo tanto, siempre me he sentido incómodo, cuando he dado con "movimientos", se hayan llamado Movimiento de la Juventud, de Oxford, del pueblo o de la liturgia.

Naturalmente, no tengo nada en contra del Movimiento litúrgico, tal como se ha descrito más arriba. Al contrario, estoy perfectamente de acuerdo con él. *Littera scripta manet*: escribí (y por lo tanto, mi situación no es tan cómo da como la de los que se limitan a hablar, para afirmar después que "nunca habían querido decir esto") en el prólogo de mis "Symbolen", que consideraba al Movimiento litúrgico como la señal de un renacimiento de la vida religiosa.

Pero es propio de todo "Movimiento", el alejarse de su finalidad primitiva y el caer en manos de los extremistas...

¿En qué parará del Movimiento litúrgico? ¿En una "iglesia nacional" alemana? Ya he leído las palabras "iglesias germánicas".

Poco tiempo después de mi ingreso en la Iglesia católica, me dijo el P. Leonard (que me había recibi-

do en ella): "Hablando en broma, no es una señal de la autenticidad de la Iglesia, que desde hace 2.000 años esté en manos de los italianos, y que siga viviendo?" Contesté sonriendo: "También yo estoy bromeando, pero me pregunto, ¿seguiría con vida, si hubiese estado dos mil años en manos alemanas?" El Padre me miró desconcertado, para darme luego melancólicamente la razón: "Es verdad, reflexión hecha, tiene usted razón". ¡Y de esto hace 33 años!...

¿El amor a los hermanos separados, la tolerancia? Pero si tal cosa no se debería siquiera predicar expresamente; la tolerancia no es una virtud específicamente cristiana, es simplemente la virtud del "caballero", y no llega a ser virtud, pues es algo que va de sí... *Pero se trata de la tolerancia hacia la persona, no hacia la cosa. No hay tolerancia hacia el mal.*

Siento un profundo respeto innato hacia toda religión genuina. Para mí no existen siquiera "hermanos separados". Entre mis amigos hay quizá más protestantes que católicos, los cuales frecuentan mi casa junto con agnósticos, gnósticos, judíos y paganos. Frecuentemente he sido el huésped de teólogos protestantes, cuyos elogios de mis ilustraciones bíblicas me alegran. Pero los "vanguardistas" católicos se imaginan con ingenuidad romántica que la "Una Sancta" se lograría con sólo sentarse el conjunto de iglesias y sectas cristianas alrededor de una mesa, a fin de regatear, lo que cada cual podría trasquilar de su fe...

El mismo doctor (un sacerdote católico, aclara Seewald más arriba) me explicó seguidamente que la lectura de la Misa de cara al pueblo era la sola y verdadera forma de la Misa, que tal afirmación no admitía siquiera discusión. No, los románticos no discuten; gritan o se ofenden: "¡Ojalá fuese usted más joven, pues le podría decir con la brutalidad necesaria, lo que pienso de sus argumentos, que nos repite a diario!" Éste es su modo de discutir. Confieso que tanto los fanáticos co-



XLIII DIA UNIVERSAL DEL AHORRO

31 OCTUBRE 1967

AHORRA Y VIVIRAS MEJOR

FEDERACION DE CAJAS DE AHORROS CATALANO/BALEAR

Las Cajas de Ahorros que la integran, además de las operaciones tradicionales a que se dedican

CONCEDEN CREDITOS DESTINADOS A:

ACCESO A LA PROPIEDAD MOBILIARIA E INMOBILIARIA, EMPRESARIOS AGRICOLAS, PEQUEÑAS EMPRESAS INDUSTRIALES Y COMERCIALES, Y ALMACENISTAS DE TIPO MEDIO Y DETALLISTAS PARA LA EXPANSION DEL FRIJO INDUSTRIAL

Asímismo estas Instituciones contribuyen al bienestar colectivo con el sostenimiento de numerosas obras benéfico-sociales

HOSPITALES - SANATORIOS - CLINICAS - DISPENSARIOS - COLONIAS Y RESIDENCIAS ESCOLARES - GUARDERIAS - HOGARES PARA LA VEJEZ - BIBLIOTECAS - CONSTRUCCION DE VIVIENDAS ECONOMICAS PENSIONES Y PREMIOS AL AHORRO - ESCUELAS GRATUITAS DE ENSEÑANZA PRIMARIA Y MEDIA

Confíe sus economías a las Cajas de Ahorros benéficas y confirmará el tema bajo el que han actuado durante el presente año

**CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE BARCELONA
CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS DE CATALUÑA Y BALEARES
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE BARCELONA
CAJA DE AHORROS "SAGRADA FAMILIA"
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LAS BALEARES
CAJA DE AHORROS DE SABADELL
CAJA DE AHORROS DE TARRASA
CAJA DE AHORROS DE MANRESA
CAJA DE AHORROS DE MATARO
CAJA DE AHORROS COMARCAL DE MANLLEU
CAJA DE AHORROS DEL PANADES
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE LERIDA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE LA DIPUTACION DE GERONA
CAJA DE AHORROS PROVINCIAL DE TARRAGONA
CAJA DE AHORROS Y MONTE DE PIEDAD DE POLLENSA**